



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año I 2014 Núm. 1-2

ÍNDICE

	Pág.
Vicente Botella Cubells: En la nueva etapa de la Revista <i>Anales Valentinos</i>	1
Juan Miguel Díaz Rodelas: XL Aniversario de la Facultad de Teología ...	3
Miguel Navarro Sorní: Laudatio de Monseñor Vicente Cárcel Ortí con motivo de su doctorado <i>honoris causa</i> por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia	
Vicente Cárcel Ortí: La enseñanza de la Teología en Valencia	
Esteban Pérez Delgado: Laudatio del profesor Argimiro Velasco Delgado para la obtención del doctorado <i>honoris causa</i>	
Argimiro Velasco Delgado: San Basilio de Cesarea. <i>Ad adolescentes</i>	
Alfonso Esponera Cerdán: La investigación y enseñanza de la historia de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II	
Vicente Cárcel Ortí: Monseñor Valeri, nuncio en París, ante la guerra de España	
Juan José Garrido Zaragoza: Realidad y ser en la filosofía de Zubiri	
Juan Damián Gandía Barber: Perspectiva canónica de los problemas actuales en torno a la patria potestad, guardia y custodia	
Manuel Angel Martínez Juan: ¿Cómo nos salva Cristo por su pasión, según la enseñanza de Santo Tomás de Aquino en la <i>Tertia pars</i> de la <i>Suma de Teología</i>?	
Ricardo Sebastián Pierpauli: La equidad en Aristóteles, Tomás de Aquino y Francisco Suárez	
Memoria del curso 2013-2014	
Recensiones	
Publicaciones recibidas	

ESCRITOS
DEL VEDAT

SAN BASILIO DE CESAREA.
AD ADOLESCENTES*

*Argimiro Velasco Delgado, o.p.***

Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia y Gran Canciller de esta Facultad,
Excelentísimos Sres. Obispos,
Muy Reverendo Padre fr. Martín Gelabert, Prior Provincial de la Provincia dominicana de Aragón y Vice Gran Canciller de la Facultad,
Ilustrísimo Sr. Decano-Presidente,
M. R. P. Vice-Decano,
Profesores, Alumnos, Señoras y Señores.

Es para mí obligado expresar una cordial acción de gracias por la concesión de este título del Doctorado “Honoris Causa”, en una Facultad, que ha sido y es la mía desde su comienzo, hace cuarenta y ocho años. En nuestra Facultad he cultivado y enseñado la Patrología y la Teología patristica, tanto en los cursos sistemáticos, como en los de especialidad, centrándome más concretamente en los temas de Cristología, particularmente de los Padres de lengua griega.

Una tarea que me ha acaparado años y años ha sido también la de apoyar en todo lo que se refiere a los instrumentos del trabajo científico con una dedicación, que bien puede calificarse de plena, a la Biblioteca Provincial de la Provincia Dominicana de Aragón, puesta al servicio de la Facultad y de personas de diferentes ámbitos que han querido consultarla.

* Discurso de Investidura como *Doctor Honoris Causa*, título otorgado por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, pronunciado el 4 de Febrero de 2015.

** Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

Hoy se trata de exponer un tema, con la suma brevedad que exigen las presentes circunstancias, que creo puede iluminar un poco el presente educativo de los jóvenes cristianos y el incierto futuro.

Naturalmente, lo he elegido entre los Padres del s. IV d.C., concretamente uno de los tres grandes de la Capadocia cristiana, en el centro de Anatolia o Asia Menor (hoy Turquía): San Basilio Magno, obispo de Cesarea.

¿Por qué San Basilio?

Porque, entre los grandes Padres griegos de la Iglesia de este siglo IV (Atanasio, Juan Crisóstomo, su amigo Gregorio Nacianceno y su hermano Gregorio de Nisa), es el único que vuelve a reflexionar sobre su propia formación, aunque de una manera indirecta, pues lo hace al dirigirse a sus jóvenes sobrinos, a los que dedica un librito. En él da la clave de su itinerario educativo personal, que señala un camino. También para nosotros.

San Basilio nació en torno al año 330 d.C. Su padre, Basilio el Viejo, antes de establecerse en Cesarea de Capadocia, fue rétor o maestro de retórica, en Neocesarea del Ponto, a las orillas del Mar Negro (entonces Ponto Euxino), antes de regresar a Capadocia. Sin duda, su padre fue su primer maestro de letras. Su madre, Emelia, una mujer de profunda fe cristiana, tuvo una madre (la abuela materna de Basilio) que murió mártir durante la Gran Persecución iniciada por Diocleciano y Galerio a primeros de siglo, por lo que toda la familia hubo de refugiarse en las montañas del Tauro, hasta que pudieron, con la paz, volver a su Cesarea de Capadocia y recobrar su hacienda. De los diez hijos del matrimonio, tres fueron obispos: Basilio, Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste, y una religiosa: Macrina, de gran influjo en la espiritualidad monástica de su hermano Basilio, junto con la abuela paterna, Macrina (la Mayor), discípula de San Gregorio Taumaturgo, la cual fue realmente el alma y artífice de la profunda educación cristiana de Basilio y de todos sus otros nueve hermanos.

Adolescente, Basilio frecuentó sucesivamente las Escuelas de Cesarea, Constantinopla y, finalmente, año 351 d.C., la celebrada Atenas, donde se reencontró con Gregorio, su antiguo condiscípulo de Cesarea, y entre ambos surgiría una amistad verdaderamente ejemplar. También en Atenas conoció a persona tan dispar de él, como el futuro emperador y perseguidor Juliano el Apóstata (año 355).

Transcurridos unos seis o siete años de estudios en Atenas, Basilio regresó a Cesarea, donde ejerció por algún tiempo de abogado. Según el elogio fúnebre que hizo de él su amigo Gregorio Nacianceno, parece que, a su vuelta, mostró ciertos gustos algo mundanos, que debieron de durar muy poco, puesto que muy pronto recibió el bautismo, de manos de su obispo Dianio, en el año 358.

Puede parecernos extraño, sin embargo, aunque recién salido de la *Escuela pagana* por excelencia y apenas recibido el bautismo, que supone cierta conversión y una preparación catequética de primera, Basilio emprendió un viaje a través de Siria y Mesopotamia, es decir, parte del Irak actual, parte del Kurdistán e Irán. Viajó también por Palestina y Egipto. Y no por turismo. Cierto. El solo fin de sus viajes era conocer la vida de los monjes. Le atraía fuertemente. Puede decirse que la idea de profesar el monacato nunca la perdió. De hecho, al regreso, con Gregorio Nacianceno transformó, en una especie de monasterio, una finca familiar de Basilio. En este tiempo, los dos compusieron al alimón la “*Filocalia*”, que es una especie de colección de textos o florilegio de las obras de Orígenes, y Basilio redactó, solo, una buena parte de su Regla monástica, que tanto influjo iba a tener en la Iglesia del Oriente.

Al morir su obispo Dianio, el sucesor, Eusebio, le ordenó de presbítero el año 364, cuando Basilio contaba unos 34 años. Al fallecer Eusebio, se convirtió él, tras no pocas dificultades, en pastor de la iglesia de Cesarea de Capadocia y en Metropolitano de toda la provincia romana. Se ocupó, sobre todo, de la acción social entre sus feligreses, hasta el punto de crear toda una ciudad al lado de Cesarea para recoger en ella y dar alojamiento habitable a todos los necesitados, con atención médica muy especial, que se hacía más necesaria por ser Cesarea una encrucijada y paso constante de comerciantes y peregrinos.

Durante su episcopado tuvo que enfrentarse con el arrianismo, o la doctrina que negaba la divinidad de Jesucristo, herejía que, desgraciadamente, apoyaba con todas sus fuerzas el emperador Valente II quien, por otra parte, dificultó cuanto pudo el trabajo pastoral de Basilio. Además tuvo que enfrentarse con los “*pneumatómakos*”, es decir, con los que negaban la divinidad del Espíritu Santo, cuyo cabecilla mayor en este momento era Eustacio de Antioquía, amigo íntimo del propio Basilio. A la historia ha pasado nuestro Doctor como uno de los grandes teólogos sobre el Espíritu Santo. Una edición al alcance de todos la ha promovido en España la editorial Ciudad Nueva. Como dice el Nacianceno en su

Laudatio o “Panegírico” a la muerte de Basilio, éste tuvo que luchar bravamente en dos frentes; el externo: el sectario emperador Valente II, y el interno: los movimientos heréticos y la indisciplina de algunos obispos.

Sin embargo, es a lo largo de su episcopado cuando realizó la mayor parte de su obra teológica, moral, mística y epistolar, al mismo tiempo que la social ya aludida.

Murió en el 379, joven todavía, pues no llegó a cumplir los 50 años.

Si tenemos en cuenta los cinco o seis años de Atenas y la fecha de su bautismo, así como la índole de sus obras teológicas, ascéticas, morales y místicas, y su gran número de Cartas, que se inspiran y reflejan la letra y el espíritu de la Sagrada Escritura en todas las líneas, forzosamente hemos de preguntarnos: ¿Cuándo y cómo y con quién estudió la Sagrada Escritura para manejarla con tal familiaridad y profundidad exegética, ya desde el inicio mismo de su presbiterado? Porque, durante su formación en las escuelas públicas, no se enseñaba —¡lo consideraban “bárbaro”!— el griego de la Versión de los Setenta, que era la Biblia utilizada por la Iglesia desde su misma cuna apostólica y que él, naturalmente, tuvo que estudiar a fondo, porque le era totalmente imprescindible.

Esto nos tiene que hacer reflexionar precisamente sobre la historia de su educación, de su “*paideia*”, la que se trasluce en sus obras. Y no sólo en cuanto al estilo, que, más que “aticista” es “ático”, a saber, que está a la altura de los grandes clásicos de los siglos V-IV antes de Cristo, como, por ejemplo, Demóstenes, Tucídides, Isócrates y Platón. El librito escogido: *A los adolescentes*, enmarcado en su época, nos dará alguna respuesta. Analicemos y veamos su contenido.

Introducción: Basilio, por su edad y experiencia (y por tratarse de ayudar a sus sobrinos), se siente con autoridad para dar algunos consejos sobre el uso de los autores paganos (c. 1).

Tesis: Leer las obras de autores paganos es provechoso, con tal que se sepa discernir y hacer una buena selección (c. 2).

Razonamientos:

- Es muy útil su lectura. Efectivamente, como dice San Pablo, los bienes de este mundo son nada en comparación con los del más allá, cuyo valor es infinito. Ahora bien, estos valores están en las Sagradas Escrituras, que nos educan y enseñan para la vida eterna. Pues bien, pa-

ra comprenderlas, *es útil, incluso necesario*, conocer bien los escritos paganos (c. 3).

- ¿Qué autor elegir? La elección debe atenerse a estos Criterios:

1º) *La necesidad*.

Es necesario elegir, entre esos autores y sus obras, si se quiere evitar lo malo, perverso y escabroso, pues sus relatos están mayormente imbuídos de la mitología protohelénica, recogida por Homero para convertirla en la variada religión griega propiamente, con todos sus ingredientes de conducta inmoral de los dioses. Por eso es necesario “libar”, como las abejas, solamente lo *útil*. Pues bien, para ayudarnos a comprender y practicar la virtud (*areté*), es necesario conocer a través de los autores profanos –Poetas y Filósofos– el proceso histórico de la evolución del concepto de *areté-virtud*, desde Homero, Hesíodo, Teognis de Mégara, Pródicos de Ceos, etc. (c. 4-5). Necesario es también conciliar la *práctica* con la *teoría* (c. 6): Ejemplos de virtud que él ha sacado de los autores paganos, ejemplos que se compaginan con los preceptos evangélicos (c. 7). Nosotros, igual que los artesanos y los atletas, necesitamos tener un objetivo, un fin, una meta, hacia la cual hacer converger todas nuestras acciones y esforzarnos por alcanzarlo (c. 8).

2º) *La utilidad*.

Desechados los autores profanos no seleccionados, estudiar a los demás y guardar solamente los ejemplos beneficiosos (que en cierto modo son “cristianos” antes de Cristo, dice Eusebio de Cesarea), *preparación* muy oportuna para ayudar a practicar las *virtudes (aretai) cristianas propiamente dichas*, pero sobre todo hay que:

- a) cuidar de que predominen los intereses del alma, sobre los del cuerpo;
- b) esforzarse por buscar y hallar la Verdad;
- c) odiar la adulación y la mentira (c. 9).

Estos preceptos hallan su expresión perfecta en las Sagradas Escrituras, y ante el horizonte de la eternidad, no hay razón para desperdiciar y no sacar provecho de los libros profanos que nos son útiles (c. 10). (Fin)

Resumiendo: Basilio se propone impedir que sus sobrinos confíen el timón de sus pensamientos a los autores paganos, pero también enseñarles a sacar *de ellos lo útil*, —excluyendo lo dañino— y buscar las lecciones de moralidad: un método para conocer y practicar la virtud (*areté*), *humana y cristiana*.

Los ejemplos de los autores, los toma Basilio mayormente en Antologías o Florilegios, raramente del texto directo. Elige los autores que son más útiles para su método. Distingue bien entre los poetas y los prosistas, o sea rétores, historiadores y filósofos, de los que da nombres y títulos de las obras. Entre los autores tiene predilección por los filósofos, entre los que descuella Platón. En fin, sin poder entrar en detalles, digamos que S. Basilio posee una cultura clásica extraordinaria, que maneja con la mayor soltura, aunque predominen los textos de segunda mano.

1. MARCO HISTÓRICO Y EVOLUCIÓN DE LA *PAIDEIA* – EDUCACIÓN GRIEGA

San Basilio vive en la segunda mitad del s. IV d.C. Cristo, que había comenzado con la gran persecución llamada “de Diocleciano”, aunque el instigador fue el otro Augusto, Galerio, fanático y cruel. La persecución terminó en 311, pero la paz no fue completa hasta la victoria de Constantino I sobre Licinio, el año 324, poco más de un lustro antes del nacimiento de Basilio.

En este siglo convulso y complejo, la educación (*paideia*) griega siguió siendo la tradicional, con su rica historia de las diversas etapas de su evolución, siempre pagana, por supuesto. Pero pronto adquiriría una importancia completamente nueva.

Ya Clemente de Alejandría (c. 140/50-202) y su discípulo Orígenes (190-254) lograron crear en Alejandría sendas escuelas filosóficas-teológicas. Y ambos pasaron, como su maestro. Panteno, al menos parcialmente, por la educación griega. Pero la persecución (en la que y de la que ambos murieron, no les permitió un desarrollo apreciable. El triunfo del cristianismo, tras la libertad proclamada en el llamado Edicto de Milán (total sólo desde 324), no podía por menos que repercutir en las escuelas, que seguían enseñando, como antes, los contenidos paganos, teóricos y prácticos, fundamentales en su *paideía*. Tanto en Grecia como en Roma, el último baluarte del paganismo fue la Escuela. No olvidemos

que, de por sí, la escuela es tenazmente “conservadora”, por eso conserva a toda costa, los métodos, los hábitos, los motivos e incluso a veces los errores legados del pasado.

En toda la Historia, Homero –completado luego en cierto modo por Hesíodo– pasó y sigue pasando en la investigación actual, como verdadero padre de la Religión griega y por tanto del paganismo griego, durante doce o trece siglos, hasta su larga y penosa agonía ante el empuje del Cristianismo y de sus eminentes personalidades cristianas, educadas en gran parte en la *paideia*, que, sin embargo, gracias a su fe, nutrida por el estudio de las Sagradas Escrituras logran definir un nuevo concepto de religión y de *areté* y por consiguiente, de nueva *paideia*.

Conviene insistir, sin embargo. En el s. IV d.C. las escuelas seguían honrando a Homero y Hesíodo, como los verdaderos maestros y pedagogos de Grecia; en palabras de Basilio, “como los que, en cierta manera, habían esculpido su alma, sus educadores en la virtud (*areté*)” (V 19ss; 25ss). Y en este punto, Basilio y muchos cristianos parecían estar de acuerdo o no muy lejos del pensamiento del futuro emperador Juliano el Apóstata, en sus primeros tiempos. Pero luego, el carácter “religioso-pagano” de la *paideia* griega marcó tan fuertemente a Juliano que, ya emperador, enamorado de los filósofos paganos que dieron lugar al nombre común “*Helenismo*”, hasta entonces sinónimo de cultura y literatura helénicas, le dio una nueva acepción, para designar el “*Paganismo renovado*”, que él quería oponer al amenazante, competitivo e imparable cristianismo. Del mismo modo la palabra “*helenos*” pasó a ser sinónimo de “*paganos*”, ni cristianos ni judíos.

En estas condiciones, es natural que la escuela helénico/pagana –y casi única– presentase un verdadero peligro para *la fe y las costumbres* de los jóvenes cristianos, tanto más cuanto que, aun pasada la persecución, la vida cotidiana de los cristianos, incluso los irreprochables, estaban todavía bastante contagiados de paganismo, lo que ya a Tertuliano, (*De anima*, 39) le hacía quejarse así: “*omnes idololatría obstetrice nascuntur*”, la idolatría es la comadrona que acompaña el nacimiento del hombre, y le sigue en todas las circunstancias de su vida: fiestas, juegos públicos, supersticiones magia, etc.; los peor librados, los magistrados y militares, por los juramentos y sacrificios rituales idolátricos.

Sin embargo, es cierto que, tras la victoria de Constantino y la creciente competencia del cristianismo, los héroes y la mitología griega fueron devaluándose hasta, finalmente, no tener vigente más que una

existencia literaria. El peligro, pues, para los jóvenes cristianos a fines del s. IV, no era tanto la religión pagana (habían surgido otros dentro: las herejías), como las costumbres. El valor y la utilidad literaria seguían con su pleno valor. En cambio, las leyendas de la Mitología presentan a los dioses dando los más escandalosos y hasta aberrantes ejemplos, el primero Zeus, “el padre de los dioses”. Por eso dice Platón en su *República* (377^a-378 b): “Los jóvenes pueden decir que, cuando cometen un crimen parecido, no hacen más que imitar a los dioses”. En esta época de transición, podemos admitir que las leyendas paganas no eran ya un riesgo para los oídos de algunos alumnos cristianos. Eran mucho más peligrosos los maestros paganos, que, conscientes de la decadencia y temerosos de la desaparición del paganismo, aprovechaban la lectura de los textos para acompañarlas de apostillas y comentarios para propagar sus propias creencias, infamando o ridiculizando al cristianismo y haciendo suyas las calumnias e infundios injuriosos, como los de Celso, Porfirio, Hierocles y Luciano de Samosata. De ahí surgió la evidencia de la necesidad de escuelas cristianas, que sólo muy lentamente fueron siendo realidad, como hemos visto. El propio San Gregorio Nacianceno, recordando sus años de estudio en la Academia de Atenas, en su *Panegírico fúnebre de S. Basilio*, no duda en escribir: “Lo diré resumiendo: En lo que al alma concierne, Atenas ciertamente es perniciosa para los otros [estudiantes] (ya que los más piadosos no toman esto a la ligera), por ser rica en riquezas malvadas (*ploutoûsi tôn kakón ploutón*), es decir, en *Ídolos*, más que el resto de la Hélade, y es difícil no ser arrebatados juntos por sus panegiristas y abogados” (PG 36, *Orat. 43*, 521 C), sobre todo en el período de los estudios, infancia y adolescencia.

Sobre este punto de vista, preciso es decir que la educación no había evolucionado y progresado sensiblemente en más de 100 años. Efectivamente, en el s. III, Orígenes ya se lamenta: “para más de uno, es una desgracia entrar en relación con los egipcios [= paganos, en Alejandría] después de haber conocido la ley de Dios (*Ep. Ad Graecos*, 2: PG 11,99). Lo mismo viene a decir Minucio Félix en su *Octavio* (23,1ss) a quien hace eco Tertuliano en su *De Idololatría*, 10”.

Naturalmente, hubo buen empeño en armarse contra estos peligros y, a sabiendas de que no se elimina del todo aquello que se sustituye, no es de extrañar que algunos, como los dos Apolinar (de Hierápolis y de Laodicea) pusieran sus saberes al servicio de la Fe, intentando proporcionar a los adolescentes cristianos una *paideia* cristiana en un lenguaje literario griego de la mayor altura y perfección posibles, y así, dividieron

la Historia hebrea del Antiguo Testamento en 24 partes, según el modelo de los poemas homéricos, y con los ejemplos de la Sagrada Escritura compusieron en verso poemas homéricos, odas, tragedias, etc., y el Nuevo Testamento, en *Diálogos*, al modo platónico, a fin de oponer obras de inspiración cristiana a cada género literario pagano, de los que formaban a los jóvenes (cfr. Sócrates, HE III, 16, 1-8). El propio San Gregorio Nacianceno, con su voluminosa obra en verso, utilizando todos los metros de la poesía griega, es el ejemplo por excelencia. Empresa generosa, aunque temeraria, que tuvo su eficacia mientras estuvo vigente la prohibición de Juliano a los cristianos de leer o estudiar los autores griegos. Pero, fuera de este paréntesis de Juliano, la base de la educación en las escuelas públicas, seguía siendo fundamentalmente pagana, si bien no fueron pocos los que superaron ese riesgo, el que San Basilio quiere ahorrar a sus sobrinos y en general a todos los estudiantes cristianos.

Había, sin embargo, otro peligro, más sutil, el atractivo y seductor: la belleza y perfección de las mismas letras paganas, gozo y tormento de almas cristianas plenamente convencidas de su Fe (recuérdese las quejas y remordimientos de San Agustín y San Jerónimo, ejemplos señeros, aunque ya del s. V).

En realidad, todos ellos habían comprendido que, para el joven formando, es bueno, conveniente y hasta necesario haber leído y comentado, v.gr., a Demóstenes y Platón, y en latín a Cicerón y Virgilio, para hacer más accesible a sus contemporáneos paganos cultos (*paideuómenoi*) la letra y el espíritu de la Verdad cristiana del Evangelio. Así lo resume el historiador Sócrates:

“La cultura pagana, ni Cristo ni los Apóstoles la aceptaron como inspirada por Dios ni la rechazaron como perjudicial. Y yo pienso que no hicieron esto sin una razón providencial, pues muchos de los filósofos paganos estuvieron bastante cerca de conocer a Dios, puesto que, valiéndose de la lógica, se opusieron noblemente a los que negaban la Providencia, como los Epicúreos y otros discutidores, poniendo al descubierto su ignorancia. Con ello, aunque desconocían el misterio de Cristo, resultaron muy útiles a los que aman la piedad [...] [Las Divinas Escrituras] ciertamente no enseñan el hablar con elegancia, en orden a poder salir al encuentro de los que quieren disputar sobre la verdad” (HE 3, 16).

Para defender y proclamar la Verdad, hay que estar a la altura del oponente, en cultura y elocuencia. Hasta el s. IV, los Padres no suelen ver las contradicciones más que como aparentes, y tratan de conciliarlas

como pueden, utilizando el método alegórico, también de origen griego. Los intelectuales paganos contemporáneos (Celso, Hierocles, Porfirio, Luciano de Samosata, etc.), desprecian como bárbaro el griego de Los Setenta y tachan de incultos y rústicos a los escritores cristianos de los tres primeros siglos, y esta fama, sin duda, inspiró en parte a Juliano su prohibición a los “*galileos*” de prohibirles la lectura de los autores paganos. Temor a la ya evidente competencia literaria. Seguramente este secular decreto no afectó mucho a las masas cristianas, pues el mismo S. Gregorio Nacianceno ya advierte que “la mayoría de ellos no tenían más que antipatía a las enseñanzas profanas” (*Paneg. Bas. II*), aunque él rechaza “estos melindres” y proclama que “están en un error” (*kakôs eido-tes*). Ya se quejaba Clemente de Alejandría de que los alejandrinos, en su mayoría, “temen a la filosofía helénica, como los niños temen a los fantasmas” (*Stro. VI 10,6*), y les tranquilizaba: En la filosofía pagana hay verdades realmente divinas, ya se las haya inspirado Dios, ya las hayan tomado de las Escrituras divinas (cfr. *ibid.*, 11; *Protreptico VI 11*). San Gregorio Taumaturgo felicita al que había sido su maestro en Cesarea de Palestina “por haberle sugerido el estudio de los filósofos y poetas griegos, excluyendo a los que niegan la existencia de Dios y de la Providencia” (*Paneg. MG 10, 1081BC-1088C*).

En cuanto a Gregorio Nacianceno, no sólo da ejemplo con su voluminosa obra poética, sino que en todas sus otras obras y particularmente en el *Panegírico Fúnebre de S. Basilio*, confiesa claramente su gran estima por *las ciencias humanas*, y a su sobrino político Nikolaklos (esposo de su sobrina Alipiana) le aconseja estudiar primero las ciencias profanas y continuar después con los Libros Sagrados (*ibid.*, MG 37 1567) después de haber afirmado que las ciencias son el mayor de los bienes que Dios ha regalado a los hombres (*ibid.*, c. 1505).

Esta tendencia no dejó de afectar a los cristianos de Antioquía, ni dejó impasibles a los intelectuales paganos más prestigiosos de allí, como el Maestro de rétores, Libanio, que dirigió su Discurso XVI “*A los cristianos de Antioquía*”.

Y lo mismo podríamos decir de la Iglesia latina y sus Padres más representativos de la época: Minucio Félix, S. Ambrosio y S. Agustín, cuyas obras catequéticas *De Doctrina Christiana* y *De catechizandis rudibus*, son paradigmáticas.

2. REFLEXIONES FINALES

Lo que la literatura y la filosofía griega fue para los cristianos de los primeros siglos estudiado aquí, creo no errar mucho si digo que para los cristianos de hoy y del futuro, quiero decir, para su educación y formación sin perjuicio de su Fe y vida cristiana, es la técnica en todos sus campos, pero especialmente en el de la Cibernética de evolución futura impensable hoy, aunque ya percibimos y sufrimos –o disfrutamos de– sus primeros frutos. El estudiante cristiano de hoy se encuentra, de hecho, frente a los mismos desafíos que sus predecesores de los cinco primeros siglos del Cristianismo, aunque, aquí, nos hayamos limitado al cuarto.

Desde los tiempos remotos, cuyas tradiciones, mitos y leyendas, y sobre todo la religión, recoge Homero, seguido de Hesíodo (c. 700 a.C.), hasta el místico Plotino (205 d.C.-269/70 d.C.) con su Neoplatonismo o Platonismo renovado, que intenta realizar una síntesis nueva de elementos platónicos, pitagóricos y estoicos, ya en plena segunda parte del s. III d.C. Cristo, la *paideia* o educación helenística tiene vigencia en las escuelas y academias, si bien desde finales del s. IV va menguando, hasta que el año 529 d.C., el emperador cristiano Justiniano cerró las escuelas paganas, destacando la Academia de Atenas. (Dejamos de lado, naturalmente, el influjo de la filosofía griega, más del Neoplatonismo y del Estoicismo, en los Padres de la Iglesia, con proyección muy fuerte, a través del latín, en la posteridad filosófico-teológica tardo-antigua y medieval).

De Homero a Sócrates (469-393 a.C.), la *paideia* enseñaba a alcanzar la *areté*, la virtud máxima, pero siempre referida al cuerpo, a lo material, limitada, sin embargo a la aristocracia o alta sociedad (tiempos de la caballería, de los guerreros y de sus luchas cuerpo a cuerpo, casi siempre entre dos campeones, aun en medio de las guerras colectivas; tiempos, en fin, de los héroes “homéricos” por antonomasia. Seguirá Hesíodo, que aplicará la *paideia* a campesinos y menestrales, para que también ellos alcancen la excelencia máxima en la *areté* de sus respectivos oficios y trabajos. Y acentúa el aspecto religioso radicado en las tradiciones mitológicas homéricas (y prehoméricas, naturalmente).

En los siglos VII-VI a.C., reducidas las clases campesina y menestral a verdadera esclavitud, sobre todo por las deudas, y puesta a merced de la aristocracia y de los grandes terratenientes, el gran Solón, desde su primer arcontado en 594 a.C., en su reforma constitucional e instituciones,

elimina el problema de las deudas y gravámenes de las clases bajas, y les da derecho a intervenir en los asuntos de la *polis* (*Ciudad-Estado*) con voz en la *ekklesia* (asamblea) y en la *eubolé* (consejo), abriendo así para los ciudadanos de Atenas una nueva meta de virtud o *areté* de excelencia suma del arte de la “*Política*”.

Es Sócrates (469-399 a.C.), seguido por Platón (c. 429-347 a.C.) quien, al considerar que el hombre tiene un alma racional, además de un cuerpo, se necesita una *paideia* que manteniendo los valores alcanzados para lograr la excelencia de la *areté* del cuerpo en su doble dimensión, individual y colectiva, promueva el ejercicio de los valores exigidos por la *areté* del alma racional. Así, el concepto de *areté*, hasta entonces tema propio de la poesía, pasa a serlo también de la Filosofía y de la Retórica. A partir de entonces, en línea creativa y transmisora, a través de las diferentes escuelas filosóficas (Sofista, Estoica, etc), llega hasta la aparición del Neoplatonismo o Platonismo renovado, y posterior decadencia más o menos agónica, ante el empuje del nuevo concepto de la *areté* y *paideia* cristianas, hasta el año 529 d.C., con el cierre definitivo de las escuelas y academias paganas, como vimos.

Con ello llegaba también a su fin la llamada “Edad de Oro” patristica. Quizás en ese momento ya se habían olvidado los consejos de Basilio y el ejemplo de él y de todos los grandes del s. IV resumidos en: rechazar lo negativo y perverso de la *paideia griega* (religión pagana en todas sus ramificaciones y en sus consecuencias inmorales y dañinas, y aprovechamiento de todo lo positivo, que es mucho y muy útil y necesario para una *paideia* cristiana, sus métodos de enseñanza y aprendizaje y sus valores, por ejemplo, motivación, esfuerzo, sacrificios, renunciaciones a todo cuanto se oponga a su empeño de llegar a la *excelencia máxima*, disciplina, obediencia, generosidad, emulación y competitividad, valentía, eficacia, respeto y consideración, etc., etc., y todo ello, no sólo sin perder su fe cristiana, sino cultivándola en sus prácticas y al mismo tiempo empapándose de la Sagrada Escritura y de la doctrina de la Iglesia, lo que responde a lo que tanto nos admira en los Padres: su manejo de la cultura griega al servicio de la Palabra de Dios, sin llegar –contra la opinión de Harnack y alguno más– a una “*helenización*” de la doctrina cristiana.

Ahora bien, desgraciadamente, en nuestra “in-civilización” occidental actual, se ha tronchado y arrancado de raíz en Escuelas, Institutos y Universidades, toda conexión con la cultura y literatura griegas, que

desde el s. IV d.C., no constituían peligro alguno, para la educación íntegra de los jóvenes, cristianos o no, sino una sólida base indispensable.

El peligro lo constituyen hoy, y cada día más, y con suma rapidez, las novísimas técnicas de la comunicación, que se han convertido en Escuela-Instituto-Universidad total, cuyos contenidos llegan a todos los rincones del planeta y de los hogares, a todos los individuos, sin distinción de edad ni grado de formación y capacidad de discernimiento. Lo mismo puedes hallar alimento nobilísimo: religión, arte, música, literatura, filosofía, técnica, etc., que cantidades inmensas de lo que Gide llama “nourritures terrestres”, basura, en definitiva.

Concluyendo: Si nuestros jóvenes *cristianos* de hoy no se aplican los consejos y orientaciones que aportó San Basilio –y su propio ejemplo personal– buscando y practicando la *excelencia* de la nueva *paideia cibernética* que les guíe y conduzca a la *ARETÉ* o *VIRTUD cristiana suprema*; y si a la vez no se aplican en familia y en la Comunidad Eclesial a cultivar a fondo su Fe cristiana, sobre todo mediante la oración, lectura asidua y meditación de las Sagradas Escrituras, con la práctica de los Sacramentos y la Liturgia Eucarística para comprender los verdaderos valores de una educación humana y cristiana cabales: justicia, fortaleza, templanza, motivación, esfuerzo, emulación, constancia, etc., etc., podrán encontrarse en el polo opuesto al de los Padres de la Iglesia que, educándose en la cultura griega, lograron cristianizarla, rechazando el paganismo, en vez de ser ellos los paganizados, mientras que, los actuales y futuros fácilmente podrían caer en un nuevo paganismo. Ya no son Zeus, Hera, Marte, Afrodita o Diónisos, por ejemplo, los dioses que hallarán en la “red-escuela”, sino los ídolos más adorados por nuestras sociedades: a ellos sacrifican todo y para ellos “*todo vale*”, incluso el más vil y cruel asesinato. Estos dioses tienen nombre también, como Poder, Dinero, Placer, Sexo, Droga, Despotismo, etc., etc.

¿Cuál no será la responsabilidad de los autores de las nuevas leyes de educación?

Lo cierto es que no bastan las leyes.

He dicho. Y gracias por su amable atención y su estoica paciencia.